

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

Michel Houellebecq  
Bernard-Henri Lévy

# Enemigos públicos

Traducción de Jaime Zulaika



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

www.elboomeran.com

*Título de la edición original:*

Ennemis publics

© Flammarion / Grasset & Fasquelle  
París, 2008

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A

*Ilustración:* foto © Olivier Laban-Mattei / Getty Images

*Primera edición: enero 2010*

© De la traducción, Jaime Zulaika, 2010

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2010  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6302-4

Depósito Legal: B. 43877-2009

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Bruselas, 26 de enero de 2008

Querido Bernard-Henri Lévy:

Todo, como se suele decir, nos separa, excepto un punto fundamental: tanto usted como yo somos individuos bastante despreciables.

Especialista de números descabellados y payasadas mediáticas, usted deshonra hasta las camisas blancas que lleva. Íntimo de poderosos, bañado desde la infancia en una riqueza obscena, es emblemático de lo que algunas revistas un poco de baja estofa como *Marianne* siguen llamando la «izquierda-caviar», y que los periodistas alemanes denominan con más finura la *Toskana-Fraktion*. Filósofo sin pensamiento, pero no sin amistades, es además el autor de la película más ridícula de la historia del cine.

Nihilista, reaccionario, cínico, racista y misógino vergonzoso: sería hacerme un honor excesivo encasillarme en la poco apetitosa familia de los *anarquistas de derecha*; fun-

damentalmente, soy sólo un *patán*. Autor insulso, sin estilo, accedí a la notoriedad literaria gracias únicamente a una inverosímil falta de gusto cometida, hace varios años, por críticos desorientados. Desde entonces, mis provocaciones jadeantes han acabado cansando.

Entre los dos simbolizamos perfectamente el apoltro-namiento espantoso de la cultura y la inteligencia francesas, recientemente señalado, con severidad pero justeza, por la revista *Time*.

No hemos aportado nada a la renovación de la escena electro francesa. Ni siquiera figuramos en los créditos de *Ratatouille*.

Se reúnen las condiciones del debate.

París, 27 de enero de 2008

¿El debate?

Tres pistas posibles, querido Michel Houellebecq.

Pista número 1. Bravo. Lo ha dicho todo. Su mediocridad. Mi nulidad. Esa nada sonora que sustituye a nuestro pensamiento. Nuestro gusto por la comedia, cuando no la impostura. Treinta años hace que me pregunto cómo un tipo como yo ha podido, y puede, ilusionar. Treinta años que, cansado de esperar al buen lector que me desenmascare, multiplico las autocríticas descabelladas, sin talento, inofensivas. Pues bien, ya ha llegado. Gracias a usted, con su ayuda, quizás lo consiga. Su vanidad y la mía. Mi inmoralidad y la suya. Como diría otro despreciable, pero de alto vuelo, enseña sus cartas, yo muestro las mías, ¡qué alivio!

Pista número 2. Usted, de acuerdo. Pero ¿por qué yo? ¿Por qué iba a entrar, en definitiva, en este ejercicio de autodenigración? ¿Y por qué iba a seguirle en ese gusto que usted manifiesta por la autodestrucción fulminante, maldecidora, mortificada? No me gusta el nihilismo. Detesto

el resentimiento y la melancolía que lo acompaña. Y pienso que la literatura sólo vale para contrariar ese depresionismo que es más que nunca la contraseña de nuestra época. Podría consagrarme, en este caso, a explicar que hay *también* cuerpos felices, obras logradas, vidas más armoniosas de lo que parecen pensar los plañideros que nos detestan. Asumiré el mal papel, *el verdadero*, el de Filinto contra Alceste, y rendiré un elogio sincero de sus libros y, si no hay más remedio, de los míos. Es otra posibilidad. Otra manera de abrir la charla.

Y por fin, una tercera pista. En respuesta a la pregunta que me hizo la otra noche, en el restaurante, cuando se nos ocurrió la idea de este diálogo. ¿Por qué tanto odio? ¿De dónde procede? ¿Y por qué, en cuanto se trata de escritores, tiene una tonalidad, una virulencia tan extremas? Usted, en efecto. Yo. Pero, más serio aunque diferente, el caso de Sartre, escupido por sus contemporáneos... El de Cocteau, que nunca pudo ver una película hasta el final porque había siempre alguien que le esperaba a la salida para romperle la cara... Pound en su jaula... Camus en su caja... Baudelaire describiendo, en una carta terrible, a «la especie humana» coaligada contra él... La lista sería larga. Porque habría que convocar entera a toda la historia de la literatura. Y quizás habría que intentar sondear –sería mi tesis– al propio deseo de los escritores. ¿Qué deseo? El de desagradar, vamos. El gusto de desaprobar. El vértigo, el goce de la infamia.

Usted elige.

2 de febrero de 2008

Querido Bernard-Henri:

Me resisto por ahora a los placeres que podríamos gozar (que *gozaremos*) con el «depressionismo» del que soy, en efecto, uno de sus representantes más autorizados. Lo que pasa es que estoy en Bruselas, no tengo aquí ninguno de mis libros y puede suceder que me enrede en tal o cual cita de Schopenhauer, siendo así que Baudelaire es el único autor al que creo poder citar más o menos de memoria. Y además, hablar de Baudelaire en Bruselas es siempre simpático.

En un pasaje probablemente anterior al que usted cita (puesto que aún no la emprende contra la especie humana, sino sólo con Francia), Baudelaire afirma que un gran hombre no lo es sino *a pesar* del conjunto de sus compatriotas, y que en consecuencia debe desarrollar una fuerza de agresión igual o superior a las fuerzas de defensa reunidas por el conjunto de sus compatriotas coaligados.

Un primer comentario que me viene a la cabeza es que

eso debe de ser sumamente fatigoso. Un segundo comentario es que Baudelaire murió a los cuarenta y seis años.

Baudelaire, Lovecraft, Musset, Nerval –tantos autores que han contado en mi vida, por motivos diversos– murieron a los cuarenta y siete años. Me acuerdo muy bien del día de mi cuarenta y siete cumpleaños. A media mañana, puse fin al trabajo que realizaba entonces en *La posibilidad de una isla* y envié la novela al editor. Unos días antes había reunido textos nunca terminados que estaban en CD-ROM, en disquetes; antes de tirar los soportes amovibles reagrupé estos documentos en el disco duro de un ordenador antiguo y a continuación, de una forma totalmente accidental, formateé el disco duro, destruyendo así el conjunto de los textos. Me faltaba recorrer unos metros para alcanzar la cima de la cuesta, y adiviné más o menos de qué se compone la larga pendiente que constituye la segunda parte de la vida: las degradaciones sucesivas del envejecimiento y después la muerte. Varias veces se me ocurrió la idea, mediante sugerencias breves, insistentes, de que nada me obligaba a vivir esta segunda vida; que tenía el perfecto derecho de *palmar*.

No hice nada y empecé mi descenso. Al cabo de algunos meses comprendí que entraba en una zona incierta, de contacto viscoso, y que debería armarme de paciencia para salir de ella. Sentí como caídas de tensión (a veces breves, a veces largas) en esta voluntad de desagradar que me enfrentaba con el mundo. Tuve cada vez más a menudo –me es penoso confesarlo– *el deseo de gustar*. De gustar simplemente a todos, como pueden hacerlo un deportista o un cantante, de penetrar en un espacio encantado sin acusaciones, sin malevolencias ni polémicas. Un poco de reflexión me convencía cada vez, por supuesto, de que este sueño era absurdo; la vida es limitada y el perdón imposible.



Pero la reflexión era inútil, el deseo persistía; y debo confesar que persiste hasta la fecha.

Tanto usted como yo hemos buscado con perseverancia los placeres de la abyección, la humillación, el ridículo; y lo menos que cabe decir es que hemos tenido un éxito notable. Subsiste el hecho de que esos placeres no son inmediatos ni naturales, y que nuestro auténtico deseo, nuestro deseo primitivo (perdóneme que hable en su lugar) es, como el de todo el mundo, que nos admiren, nos quieran o ambas cosas.

¿Cómo explicar este extraño desvío que hemos seguido, cada uno por su lado? En nuestro último encuentro me sorprendió que usted siga haciendo búsquedas en Google sobre su nombre, hasta el punto de utilizar la función de alerta, que te comunica cada nueva aparición. Por mi parte yo he desactivado esta función y después he renunciado incluso a las búsquedas.

Me ha dicho que desea estar informado de las posiciones del adversario con el fin de poder responder, llegado el caso. No sé si le gusta de verdad la guerra o más bien desde hace cuánto le gusta, cuántos años de entrenamiento ha necesitado para encontrarle interés y encanto; pero lo que sí es cierto es que piensa, como Voltaire, que estamos en un mundo donde uno vive y otro muere «con las armas en la mano».

Esta falta de *lasitud en el combate* es una fuerza considerable. Le impide a usted, y se lo impedirá durante mucho tiempo, ceder a esta apatía misantrópica que es para mí el peligro más grande; este enojo gruñón y estéril que conduce a aislarse en un rincón repitiendo incansablemente: «todos gilipollas», y, hablando literalmente, a no hacer nada más que eso.

La fuerza que en mí podría desempeñar ese papel de socialización es bien distinta: mi *deseo de desagradar* encubre un inmenso *deseo de gustar*. Pero quiero gustar por mí mismo, sin seducir, sin ocultar lo que puedo tener de vergonzoso. Puede que me haya entregado a la provocación; lo lamento, porque no es ése mi carácter profundo. Llamo provocador a quien, independientemente de lo que pueda pensar o ser (y a fuerza de provocar el provocador no piensa ya, no es ya), calcula la frase o la actitud que provocará en su interlocutor el máximo desagrado o molestia; por supuesto, a quien aplica el resultado de su cálculo. Muchos humoristas, en los últimos decenios, han sido provocadores notables.

Al contrario, hay en mí una forma de sinceridad perversa: busco con obstinación, con encarnizamiento, lo que puede haber en mi persona de peor para depositarlo, todo bullicioso, a los pies del público: exactamente como un terrrier deposita un conejo o una zapatilla a los pies de su amo. Y no lo hago para acceder a una forma cualquiera de redención, pues este concepto mismo me es extraño. No deseo gustar *a pesar* de lo que tengo de peor, sino *a causa de* lo peor que tengo, llego hasta desear que mi peor parte sea *lo que se prefiera en mí*.

Resta decir que me siento incómodo, y desarmado, ante la franca hostilidad. Cada vez que he hecho una de esas famosas búsquedas en Google, he experimentado la misma sensación que cuando, aquejado por un ataque de eczema especialmente doloroso, acabo por rascarme hasta hacerme sangre. Mis vesículas eczematosas se llaman Pierre Assouline, Didier Jacob, François Busnel, Pierre Mérot, Denis Demonpion, Éric Naulleau, tantos otros, he olvidado el nombre del de *Figaro*, ya no sé muy bien, he acaba-

do renunciando a contar mis enemigos, pero todavía no, pese a los consejos reiterados del médico, a mis sesiones de rascado.

Tampoco he renunciado a curar mi eczema, aun cuando creo haber comprendido que me acompañarán toda la vida esos microparásitos que literalmente no pueden prescindir de mí, a los que proporciono una razón para existir, que llegan incluso, por ejemplo Pierre Assouline, recientemente, a buscar en una conferencia en Chile (donde, no obstante, yo me creía a salvo) lo que podría descubrir, recortando y mezclando un poco, para presentarme bajo un aspecto ridículo u odioso.

Sin embargo, no tengo ganas de tener enemigos, enemigos declarados y definitivos, no me interesa en absoluto. En la medida en que hay en mí un deseo de gustar y un deseo de desagradar inextricablemente mezclados, nunca he sentido nada que se parezca al *deseo de vencer*, y pienso que es en esto en lo que diferimos.

Con ello no quiero decir que usted no conozca el deseo de gustar, sino que *también* conoce el de vencer, que en resumidas cuentas camina sobre las dos piernas (lo que según el presidente Mao Tse-tung es preferible). Si se quiere ir deprisa y lejos, es preferible, en efecto. Por otro lado, los movimientos de quien sólo posee una pierna tienen algo de caprichoso e imprevisible; es un poco con respecto al caminante normal como el balón de rugby al balón de fútbol; no es imposible que un amputado de una pierna pueda escapar más fácilmente a un francotirador.

No sigo con estas metáforas dudosas, que no son sino un medio de eludir la pregunta que usted me formulaba: «¿Por qué tanto odio?» O, más precisamente: «¿Por qué nosotros?» Aunque se pueda admitir que nos lo *hemos busca-*

do, queda por saber cómo nosotros hemos tenido tanto éxito. Cabría pensar que malgasto inútilmente mi energía demorándome con individuos tan insignificantes como Assouline o Busnel. Hay que decir que mis cochinitas personales (y, paralelamente, las de usted) han, pese a todo, obtenido, por su encarnizamiento, algún resultado. Varias veces, en e-mails, lectores del liceo me han comunicado que sus profesores les habían *puesto en guardia* contra la lectura de mis libros. Del mismo modo, flota alrededor de usted como un olor de linchamiento. A menudo, cuando le mencionaban en una conversación, he visto aparecer un rictus feo que conozco bien, un rictus de alegría ruin y común a la idea de alguien a quien se le va a poder *insultar sin riesgo*. Asistí muchas veces, de niño (cada vez, en realidad, que me encontraba en medio de un grupo de varones jóvenes), a ese horrible proceso de designación de una víctima a la que el grupo podrá posteriormente humillar e insultar a voluntad, y nunca me ha cabido la menor duda de que, en ausencia de una autoridad superior, más concretamente la de los profesores o los polis, las cosas habrían llegado mucho más lejos, hasta la tortura o el homicidio. Al menos yo nunca he sentido el deseo de unirme al bando de los verdugos. Quizás usted y yo no seamos muy admirables moralmente, pero no tenemos nada de *animal de jauría*, y eso es algo que por lo menos cuenta a nuestro favor. Cuando en mi infancia me vi enfrentado a esas escenas penosas, me contenté con desviar la mirada y alegrarme de haberme librado *por esta vez*. Y ahora que formo parte de las víctimas, puedo seguir apartando la mirada, más o menos convencido de que las cosas no pasarán del estadio verbal, al menos mientras vivamos en un Estado razonablemente dotado de policías.

O bien puedo intentar comprender, examinar ese fe-

nómeno desagradable, sobre todo porque las explicaciones que se aducen al respecto, a base de historia de las religiones, nunca me han convencido realmente. Este fenómeno existía en las civilizaciones rurales, existe ciertamente en nuestras ciudades, seguirá existiendo si las ciudades desaparecen y la comunicación se vuelve esencialmente virtual. Me parece absolutamente independiente del régimen político, así como de las condiciones espirituales del momento. Las religiones reveladas, creo, podrían desaparecer sin que se vea sensiblemente modificado.

Diversos pasajes de *Comedia*, que acabo de terminar, me inducen a pensar que usted ha tenido la ocasión de meditar sobre la cuestión en su propio caso. Por tanto... juega usted.

Y le saludo cordialmente.

4 de febrero de 2008

Ah, el eczema...

¿Sabe que hay unas páginas terribles de Cocteau sobre esto del eczema?

Está en ese librito maravilloso, que es su diario de rodaje de *La bella y la bestia*, y que Truffaut recomendaba leer a todos los aprendices de cineastas.

Tiene páginas interesantes sobre la propia aventura del rodaje, las relaciones con Bérard, los desacuerdos con Alekan sobre la luz, el descubrimiento del travelling, los trucajes, el estilo, la paciencia de los figurantes, las estatuas vivientes, Jean Marais.

Pero también hay (y estoy casi tentado de decir que es la obsesión del libro, su hilo conductor, lo que le da su ritmo y su color) páginas asombrosas, casi penosas para el lector, sobre lo que Cocteau llama sus «comezones», su máscara de «grietas», el «coral de fuego» o «la zarza ardiente» de nervios que sustituyen sus facciones, sus «forúnculos», sus «flemones», sus «chirlos» rojos, sus «hinchazones», sus «supuraciones», sus «llagas»: el libro entero es una larga queja,

un grito de dolor vertido sobre el papel, la exposición de una cara corroída por un mal insoportable, hasta el punto de que algunas mañanas sólo puede presentarse en el rodaje con unas capas de manteca de cerdo que su jefe de eléctricos le ha extendido por las mejillas y la nariz.

Pobre Cocteau...

Pobre «príncipe de los poetas» al que nunca me decidí a detestar, a pesar de Arno Breker, a pesar de su arte de escribir en cartón piedra, a pesar de su lado enfático y rimbombante...

Y, por supuesto, pobre Baudelaire, el de la especie humana, de Francia, de Bélgica, como usted quiera. ¡Carga con todo el mundo a la espalda! ¡Es la rebatiña al instante! ¡La reprobación *at first sight!* Es la jauría, al principio circunspecta porque la intimidan el lado dandy del hijo de Caroline y el cura rebotado de su primer marido, después muy viva, en la segunda parte de su vida, la de su estancia en Bruselas, en el Hotel Grand Miroir, ladrando cada vez más abiertamente. Pocos escritores, antes de Sartre que —y no es una casualidad— escribió un buen *Baudelaire*, habrán sido detestados hasta ese punto. Pocos habrán tenido que afrontar, en especial durante los años de exilio, un repudio de semejante amplitud. Le envidio por estar en Bruselas, querido Michel. Yo me instalé allí para escribir mi novela sobre sus últimos días (de Baudelaire). Fue unos meses después de que demolieran y sustituyeran por un sex-shop aquel Hotel Grand Miroir, no obstante su nombre, tan adecuado tratándose del hombre que hacía profesión de «vivir y morir delante de un espejo», para «ser sublime sin interrupción». Y haber llegado demasiado tarde, haberme perdido por tan poco el Grand Miroir y sus arcanos, es uno de los auténticos pesares literarios de mi vida. Le envidio que esté allí porque quedan, si le dicen algo, los adoquines

de la rue Ducale donde las chicas se tuercen todavía los tobillos sobre los pasos del autor de *Fusées*; la plaza del Petit Sablon, donde sobrevivía, en mi época, un burdel que a él le habría gustado; el convento de las agustinas, donde se encerró después de la afasia; por no hablar de Namur, Saint-Loup de Namur, donde le rozó, por primera vez, «el viento del ala de la imbecilidad»...

Pero en fin.

Su pregunta.

¿Si he tenido ocasión, como dice, de meditar sobre «la cuestión a partir de mi caso personal?»

Pues bien, en definitiva, sí y no.

Sí, naturalmente, en la medida en que tengo, aunque no esté, suficientes ojos para ver y oídos para oír el ingrato murmullo que se forma en cuanto mi caso, en efecto, se plantea en un lugar público.

Pero no, al mismo tiempo, porque hay un fenómeno bastante extraño por el cual —al contrario que usted, según parece— nunca he conseguido considerarme ni sentirme como la «víctima» de una verdadera «persecución».

Me atacan como a pocos escritores.

Recibo, por cada uno de mis libros, una cantidad de injurias que desmoralizarían a más de uno.

Y en cuanto al eczema... ¡Ah!, el eczema... Si fuese un criterio, debo reconocer que también soy un experto bastante bueno en historias de eczemas.

Ahora bien, el hecho es que me cuesta un gran trabajo no diré darme por enterado de esos ataques, sino adecuar-me a la imagen que me transmiten, a hacerla y sentirla mía, a asociar ese reflejo poco halagüeño, a veces lamentable, a mi identidad profunda o simplemente social.

Un ejemplo. La película que hice hace doce años y que me valió para leer de cerca el *Diario* de *La bella y la bestia*.



Sé lo que dicen y lo que siguen diciendo cuando no está totalmente borrada del recuerdo. Estoy al corriente del «tos-tón», la obra oficialmente «indigente», la película (Serge Toubiana *dixit*, entonces director de *Cahiers*) «más mala de la historia del cine». Sé que hay gente que, cuando la programan en la televisión, organiza cenas de idiotas donde el idiota es la película y, de paso, su autor. Pero ¿cómo decirle? Lo sé, pero sin vivirlo. Soy consciente de ello, pero no lo asumo. Por mucho que esté informado de la avalancha de barro que la sepultó a su estreno, no llego a verme como el autor-de-la-película-más-indigente-y-más-cubierta-de-lodo-de-la-historia-del-cine y bien puede ocurrir que me encuentre en una situación, un debate, una reunión de amigos, un mitin donde, sin ver las risas burlonas de alrededor, inconsciente del ridículo en que me meto o del engorro educado que ocasiono, hablo de ella como de una película normal, más bien bonita, casi importante y de la que estoy orgulloso.

Otro ejemplo, más cargado de sentido y de consecuencias: el que yo sea judío... Ser judío, en principio, es tener una relación especial con este asunto de la persecución. Ser judío, para la mayoría de ellos, es un pasaporte automático para una visión de uno mismo como vulnerable, precario, nunca del todo en su sitio, secuaz de antisemitismo. Y además conozco pocos judíos que no conserven en su memoria una anécdota familiar o personal, a veces una escena primitiva, que testimonia esta familiaridad natal con una ofensa. Pues bien, tampoco es éste mi caso. Lucho contra el antisemitismo, por supuesto. Usted sabe que soy de los que no dejan pasar nada, nada de nada sobre el tema. Pero quizás sea una forma de negación. Quizás sea el síntoma de mi neurosis fundamental. Quizás esté ligado con el hecho de que nací en una región del mundo

en que los judíos fueron relativamente poco perseguidos. Lo cierto es que nunca he tenido el sentimiento de luchar por mi propia salvación cuando lucho por los judíos. Lo cierto es –y de verdad le pido que me crea– que no me acuerdo de haber tenido que sufrir, ni de niño ni después, en mi carne o en mi alma, discriminación, afrentas contra las que protesto y me sublevo. Hay judíos que sufren; yo soy un judío que pelea. Hay judíos que viven su judaísmo como un viaje al fin del desamparo y de la noche; yo soy un judío feliz: Jean-Claude Milner diría un judío de «afirmación» (y Albert Cohen, uno de esos judíos «solalinos», es decir, en su léxico, «solares» y casi «griegos», que sólo ven gloria, fasto y luz en la memoria bíblica y talmúdica de la que son legatarios).

Y, por otra parte, ya que estamos en los recuerdos de infancia, yo también voy a contarle uno. Como usted, he conocido esas clases de perversos polimórficos donde se ponen de acuerdo sobre un cabeza de turco al que van a robarle la cartera, vaciarle el estuche o embadurnarle la cara con tinta. En el liceo Pasteur de Neuilly, donde yo cursaba mis estudios secundarios, el cabeza de turco oficial se llamaba Mallah. No recuerdo su nombre de pila. Pero vuelvo a ver su cara excesivamente pálida, sus gestos torpes y asustadizos, sus miradas de bondad suplicante a sus perseguidores. Y he recordado su nombre sobre todo estos días cuando leí en los periódicos que la madre del presidente Sarkozy procedía de una familia judía de Salónica que se apellidaba precisamente... Mallah. ¿Era un pariente? ¿Un primo? ¿Una especie de primogénito de los Sarkozy? Lo ignoro. Por otro lado, no sé qué fue de él, ni si sigue vivo. Lo que sí sé es que, como usted, me mantuve a distancia del rebaño de pequeñas hienas que venían a humillarle, a *buscarle*, hasta dentro del metro. Y que, sin conformarme con

no participar en la caza de Mallah, no contento con mantenerme aparte del escuadrón de linchadores en agraz, tomé a aquel chico bajo mi protección e hice de él mi amigo durante varios años seguidos. No extraigo de ello, como tampoco usted, un mérito especial. Pero observo este rasgo de psicología que no era, al fin y al cabo, evidente para el niño judío que yo era a finales de los años 50: tan inconcebible era para mí la idea de convertirme en una presa para aquel tipo de jauría, tan lejos de mí estaba el temor de ser otra diana posible para la misma horda de cabrones, tan profundamente ajeno me era, si prefiere, el fantasma persecutorio, que no tenía ningún tipo de problema en exhibirme con Mallah y que le vieran relacionarse conmigo.

Por otro lado, algún tiempo después hice un descubrimiento sumamente perturbador. Tenía un profesor de letras, en el curso preparatorio, que se llamaba Jean Deprun y que era, con treinta años de distancia, el sosias del pequeño Mallah (el mismo tipo de genio febril, la misma cabeza gruesa sobre un cuerpo deforme, la misma tez macilenta para una carne asombrosamente lozana y que parecía no haberse estrenado nunca). Se conducía de un modo extraño conmigo. Casi hostil. Sin explicármelo, veía el cuidado que ponía en evitar mi mirada cuando me sacaba a la pizarra para comentar un poema de Maurice Scève o una página de *Salambó*. Hasta un día en que cité su nombre en la mesa familiar y mi padre exclamó: «¿Deprun? ¡Pero si yo le conocía mucho...!», y se puso a contarme que aquel eminente erudito, especialista de la «filosofía de la inquietud» en los escritores del siglo XVIII, había sido durante la guerra, en la escuela de oficiales de Cherchell, una especie de primer Mallah, atormentado por la coalición de jóvenes, perseguido, martirizado, y que él, mi padre, le había tomado bajo su protección, exactamente como yo haría, a

mi vez, treinta años más tarde, con su reencarnación de Neuilly.

Le cuento este episodio, lo recuerdo y se lo digo, porque siempre me ha fascinado, en principio, el misterio de esos gestos antiguos que actúan como un sortilegio y que reproducimos sin saberlo.

Pero es sobre todo para decirle que el grupo en unión posiblemente criminal, la multitud linchadora, devoradora, destripadora, la «fiera sin pelo y maligna» de que habla Franz en el monólogo de *Los secuestrados de Altona*, la especie «carnicera y que ha jurado nuestra perdición», el gran animal, en una palabra, «escondido en los ojos íntimos de nuestros seres próximos» y que no pide más que «surgir», los conozco, en cierto modo, por partida doble: conozco, casi genealógicamente, su aliento característico, su paso precipitado, sus signos precursores, su grito de guerra, su trapaería; pero nunca he tenido excesivamente el sentimiento ni de que me acecharan en especial ni de que perdía nada esperando, porque mi turno llegaría tarde o temprano...

Digámoslo de otra forma.

Haber reflexionado sobre esta cuestión, sí, por supuesto.

Saber, evidentemente, que es «el» fenómeno por excelencia, saber que es constitutivo del vínculo social y que lo es más aún que, pongamos, el amor, el contrato o la simpatía universal entre los hombres.

Saber que sólo hay inclusión si hay exclusión, recordar que si dos hombres se juntan es porque se han puesto de acuerdo, en general, para rechazar y proscribir a un tercero, desconfiar, en otras palabras, de lo que los griegos llamaban el «sincretismo, y del que siempre he pensado que era menos, como pretende la etimología, «unión de varios cretenses» que «todos unidos contra el cretense» (que era el

ser peor visto, el de peor fama de la antigüedad): perfecto.

Pero así como he desarrollado este saber a propósito del prójimo, así como he escrito páginas y páginas sobre su lógica profunda, y creo haber, por ejemplo, y para responder a una de sus observaciones, contribuido a demostrar, siguiendo la vía abierta por René Girard, que las religiones reveladas no son en absoluto responsables de esta producción de chivos expiatorios, y que incluso contribuyen más bien a atenuar su salvajismo, así también tengo la impresión de que mi caso personal, mi experiencia de joven o de adulto no me ha servido de ayuda en este asunto.

Extraño, pero es así.

Esto no casa con la idea de la que hemos partido, la de escritor repudiado, insultado, arrastrado más bajo que la tierra, etc., pero es la verdad.

Una última palabra.

Parece usted escéptico cuando le digo que esas cosas que se escriben sobre mí y que de vez en cuando encuentro en el diabólico Google sólo me importan en la estricta medida en que me informan del estado del terreno, las disposiciones del adversario, sus fallos eventuales y las réplicas adecuadas.

Se equivoca usted.

Porque le aseguro, aquí también, que es así.

Nada más leerlos y extraídas las conclusiones tácticas o estratégicas pertinentes, olvido los artículos de esa gente.

No tienen efecto sobre el narcisismo.

Ego garantizado ignífugo, blindado, frente a los ataques.

Y un lado pizarra mágica que hace que la malevolencia así difundida se evapore en el instante muy preciso en que ha terminado de esparcir sus efluvios y de informarme so-

bre el emplazamiento de lo que Flaubert, en una carta a Baudelaire, llamaba las «baterías» y los «tiraderos» del «bando contrario».

Dicho de otra manera, no hay antídoto más útil que el gusto de vencer, y aquí, en cambio, tiene usted razón, contra esos dos peces gemelos que son la voluntad de gustar y de disgustar.

Nada es más útil que el *sentido de la guerra*, no sólo para proteger una obra, ponerla a cobijo, darle un santuario, sino para llevarla a buen puerto y conservar intacto contra vientos, mareas y rebatiñas el deseo de continuarla.

Había olvidado ese dicho de Voltaire.

Pero debo decir que me gusta y que me gusta imaginarme así a los escritores que admiro: vivir y morir con las armas en la mano..., en la guerra como en la guerra, al estilo del gran Valmont..., «pintor de batallas», yo también, pero de las más, como en ese libro de Pérez Reverte del que usted me habló y que, en efecto, me parece asombroso...

Pero me detengo aquí, querido Michel.

Porque si no tendríamos que abordar este arte de la guerra.

Es decir, este campo de batalla que es, concretamente, con todo detalle, la escena literaria o filosófica.

O este estado constantemente armado que es, si creemos *también* a los más grandes, la vida de un escritor.

Kafka, por ejemplo...

Kafka que, como sabe, era un admirador de Napoleón y veía en las vacilaciones del emperador en la batalla de Borodino o en el escenario de la retirada de Rusia la verdad cifrada de estas «campanas» y «maniobras» que eran la práctica corriente de su vida de novelista.

Crea en mi palabra; ganaremos tiempo.